

# LA EPISTOLA A LOS GALATAS

## «CARTA MAGNA DE LA LIBERTAD CRISTIANA»

---

Los protestantes han mirado siempre con singular complacencia la Epístola de San Pablo a los Gálatas, que ellos han considerado como la «carta magna de la libertad cristiana», como acta o documento que acredita y justifica la manumisión o liberación de las Iglesias «evangélicas», no sólo respecto de la Ley Mosaica, sino también y principalmente respecto de la Iglesia Romana, que había, según ellos, reincidido en el Judaísmo. Esta pretensión de los protestantes da una importancia siniestra a la Epístola a los Gálatas. Hoy día, en que la actividad gloriosamente desplegada por la Iglesia Romana obliga al protestantismo a una agitación febril y obstinada, no será fuera de propósito examinar la Epístola a los Gálatas desde el punto de vista en que la han colocado los protestantes.

Seguramente, para poner de manifiesto lo vano e infundado de las pretensiones del protestantismo, bastaban y sobraban algunas reflexiones de carácter general. Admitimos con plena confianza que San Pablo proclame y enaltezca en esta Epístola el gran principio de la libertad cristiana. Mas, ¿dónde dice el Apóstol, ni en esta carta ni en ninguna otra, que ella es como el documento o instrumento jurídico de esta libertad? Por otra parte, acaso ninguna de las Epístolas del grande Apóstol es tan difícil e intrincada, de estilo tan abrupto, de tono tan apasionado. Escrita a una Iglesia particular en momentos excepcionales de crisis aguda, no es evidentemente la más a propósito para apreciar y regular, como si fuera criterio único y exclusivo, la vida normal de la Iglesia. Además, aun dentro de los principios protestantes, al lado de la Epístola a los Gálatas hay que colocar las otras Epístolas de San Pablo, y todo el Nuevo Testamento, y toda la Escritura divina. Aislar un documento parcial, y aun darle excesiva importancia, con detrimento de los demás, no es buen principio de sana crítica histórica y filosófica. Por fin, además de la Escritura está la tradición divina, está el magisterio vivo de la Iglesia, que los protestantes, sin duda, recusar, porque les estorba; pero que la Escritura misma acredita y recomienda como el magisterio principal de la Iglesia, instituido por el mismo Jesu-Cristo.

Así es. Sin embargo, como la Epístola a los Gálatas, sin salir de ella, es por sí misma una refutación enérgica y decisiva de los principios protestantes, vale la pena de no desperdiciar tan favorable ocasión con que nos brindan nuestros mismos adversarios. En ella se mostrará San Pablo, no el primer protestante, como a veces se ha pretendido, sino su más resuelto antagonista.

Claro está que no vamos a examinar todos los puntos doctrinales en que el protestantismo se aparta del catolicismo: nos bastará examinar sus principios fundamentales, relacionados con la libertad cuya proclamación se halla en la Epístola a los Gálatas. Estos principios se pueden reducir a tres: 1.º, la justificación por sola la fe sin necesidad de buenas obras; 2.º, la negación de toda autoridad eclesiástica; 3.º, la afirmación del magisterio escrito de la Biblia, con exclusión del magisterio vivo de la Iglesia. Estos tres principios son una triple liberación y exención, por la cual somos, dicen, libertados del yugo de la ley, de la sujeción a la autoridad eclesiástica, de la sumisión al magisterio humano. Evidentemente, aunque bajo distintos conceptos, estos tres principios constituyen la esencia y el alma del protestantismo.

Veamos, pues, si estos tres principios fundamentales de la «libertad evangélica» se hallan reivindicados en la Epístola a los Gálatas. Si en esta «carta magna de la libertad cristiana» se sostienen estos principios, hay que reconocer y proclamar la verdad y la santidad del protestantismo, hay que enaltecer y glorificar la memoria de Lutero; pero si no..., fuerza es contentarnos con ser lo que eran nuestros mayores antes del siglo XVI. San Pablo es quien ha de dirimir la controversia. Será juez inteligente e imparcial.

#### I.—LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE

A primera vista parece San Pablo enseñar categóricamente la doctrina protestante de la justificación por sola la fe sin necesidad alguna de buenas obras. He aquí sus palabras, pronunciadas en Antioquía: «Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores venidos de la gentilidad, entendiendo con todo que no es justificado el hombre por las obras de la ley, sino por la fe de Cristo Jesús, también nosotros creímos en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo, que no por las obras de la ley; pues por las obras de la ley no será justificado mortal alguno» (Gal., 2, 15-16). Retengamos la fórmula esen-

cial, que resume todo el pensamiento del Apóstol: «el hombre es justificado, no por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo». En la cual podemos distinguir cuatro elementos que la integran: 1) la *justificación* que el hombre alcanza; 2) las *obras* cuya eficacia justificante se niega; 3) la *ley* a la cual pertenecen esas obras estériles; 4) la *fe* a la cual finalmente se atribuye la justificación. Surge, pues, la cuestión: ¿qué sentido da San Pablo a estas cuatro expresiones, y cuál es la relación que entre ellas establece? ¿Interpretan fielmente a San Pablo los protestantes?

Es ley fundamental de la hermenéutica bíblica que para entender exactamente la significación que tienen las palabras en una frase determinada hay que apelar al contexto, tanto próximo como remoto. Claro está que para entender el sentido de las palabras en cuestión, podríamos recurrir legítimamente a las demás cartas de San Pablo, con lo cual la demostración resultaría más amplia y más eficaz. Mas como hemos dicho, no nos saldremos de la Epístola a los Gálatas; pues dentro de ella hallaremos cuanto necesitamos para demostrar a todas luces cuán equivocadamente interpretan los protestantes las palabras del Apóstol. Mas antes de investigar cuál es el sentido que da el Apóstol a sus palabras, es necesario tener presente el que les dan los protestantes.

Por *justificación* entienden, o entendían, los protestantes, no una justificación real, intrínseca y moral, con la cual quedase el hombre verdaderamente justo a los ojos de Dios, sino una justificación imputada o ficticia, meramente extrínseca y jurídica o forense, con la cual realmente queda tan pecador e impío como era antes de la justificación. Por *obras* entienden todos los actos humanos distintos de la fe; y niegan su eficacia en orden a la justificación, porque, viciado el hombre en su misma naturaleza y esencia por el pecado original, no es capaz de producir sino obras malas o pecados, impotentes, por tanto, de justificar al hombre. De ahí es que aun el hombre justificado, con justificación que le deja tan pecador como antes, no es capaz de producir obra buena alguna. Y en sus primeros momentos de paroxismo se le escaparon a Lutero aquellas palabras: «*Esto peccator, et pecca fortiter, sed fortius fide*» (1); palabras ignominiosas, que

(1) «*Sei ein Sünder, und sündige tapfer, aber glaube tapferer*». Carta a Melanchthon, 1 de agosto, 1521. (H. GRISAR, S. J., *Luther*, t. 2, págs. 159-160. Freiburg im Breisgau, 1911.)

luego han tenido buen cuidado de retractar los protestantes. Por *ley* entienden, no solamente la ley de Moisés, sino absolutamente toda ley, así natural como positiva, tanto divina como humana. Finalmente, por *fe* entienden cierta confianza o convicción sentimental de que nos es imputada o aplicada la justicia de Jesucristo, la cual, a manera de manto sobrepuesto, cubra y vele nuestros propios pecados, que así desaparecen a los ojos de Dios y no atraen sobre nosotros los rayos de su divina justicia. Y añaden que sola la fe, así entendida, con exclusión de todo lo demás, es la que obra en nosotros la justificación.

Salta luego a la vista cuántos elementos extraños introducen los protestantes en la fórmula de San Pablo: elementos que la desfiguran y falsifican completamente. Mas no nos contentemos con esa primera impresión general y de conjunto: examinemos en particular cada uno de los elementos que San Pablo señala en la justificación.

1. *Naturaleza de la justificación.*—Comencemos examinando qué entiende San Pablo por justificación. Los protestantes ven expresada su doctrina en aquellas palabras del Génesis (15, 6), que San Pablo hace suyas y repite varias veces en otras epístolas: «Abrahán creyó a Dios, y le fué imputado a justicia» (Gal., 3, 6). Aquí tenemos, dicen, la justicia imputada. ¡Menguada interpretación! Analicemos de cerca las palabras del Apóstol, o del Génesis, y veremos luego evidentemente que no queda nada de la justicia imputada de los protestantes.

Y ante todo notemos que, para dar lugar a la teoría protestante, hemos traducido mal el texto del Génesis o de San Pablo. Porque la palabra original que emplea el Apóstol, λογίζομαι, no significa *imputar*, mucho menos imputar una cosa que no existe, sino simplemente *tomar a cuenta de...* Es un término comercial o de negocios, que significa *abonar a favor de uno*, o *asentar en el libro de cuentas entre las partidas del HABER*. Según esto, quiere decir el Apóstol que Dios aceptó la fe de Abrahán y se la tomó a cuenta de justicia, que por lá fe le concedió el don de la justicia. Con esta sencilla observación cae por su base toda la teoría protestante sobre la justicia imputada.

Pero admitamos por un momento la traducción propuesta al principio: aun así, no se sigue de ella la justicia imputada de los protestantes. Porque es de notar que en el caso de Abrahán no es la justi-

cia la que se le imputa, sino es la fe la que se le imputa a justicia: donde tenemos no justicia imputada, sino fe imputada a justicia. Además, a Abrahán no se le imputa una justicia ajena, menos la justicia de Cristo, sino su propia fe. Otras observaciones haremos luego sobre este texto: por ahora basta lo dicho para demostrar palmariamente que en él no se habla en manera alguna de la justicia de Cristo imputada a los hombres.

Mas aun cuando este texto ofreciera alguna real dificultad, el contexto de toda la epístola la desvanecería totalmente. Porque en toda ella atribuye el Apóstol tales propiedades a la justificación y a la justicia que a ella se sigue, que descartan e imposibilitan en absoluto la idea de una justicia meramente ficticia o postiza, que nos dejase tan pecadores como antes; tan muertos espiritualmente, como si no hubiéramos sido justificados. Porque, primeramente, la justicia que recibimos es, según San Pablo, *vida* de nuestro espíritu. Citando unas palabras de Habacuc (2, 4), que en otras epístolas repite, afirma que «el justo por la fe *vivirá*» (Gal., 3, 11). Poco después, hablando de la ley, identifica los conceptos de vida y de justicia. «Si hubiera sido dada una ley capaz de *vivificar*, dice, entonces realmente de la ley procedería la *justicia*» (Gal., 3, 21). Y ¡qué vida esta! Vida divina, vida que Cristo vive en nosotros, vida que nosotros vivimos en la fe de Cristo. Oigamos las mismas palabras del Apóstol: «Porque yo por medio de la ley morí a la ley, para *vivir* a Dios. Con Cristo estoy crucificado, pero *vivo*... no ya yo, sino que Cristo *vive* en mí. Y eso mismo que ahora *vivo* en carne, lo *vivo* en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gal., 2, 19-20). Esta mística penetración de su vida con la vida de Jesucristo le hace luego exclamar: «¡Lejos de mí el gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual para mí el mundo está crucificado, y yo lo estoy para el mundo!» (Gal., 6, 15). Es esta vida por una parte tan soberana y por otra tan propiamente nuestra, que es ella, y nosotros somos por ella, una nueva creación de Dios. Porque, dice San Pablo: «Nada es, ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino (lo que es y lo que vale es) la nueva creación» (Gal., 6, 15). ¡Cuán lejos está de esta nueva creación de Dios la justicia postiza de los protestantes!

Efecto regaladísimo de esta nueva creación es la filiación adoptiva que nos constituye hijos de Dios. «Porque todos sois hijos de Dios, por la fe, en Cristo Jesús», dice San Pablo (Gal. 3, 26). Pero lo

más regalado de esta filiación adoptiva es que es una participación o prolongación de la filiación divina de Jesu-Cristo. Porque, como después añade el mismo Apóstol, «cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su propio Hijo, formado de una mujer..., a fin de que recibiésemos la filiación adoptiva» (Gal. 4, 4-5). Y pues somos hijos, y para que dignamente lo seamos y tengamos para con Dios sentimientos de hijos, envía Dios sobre nosotros el Espíritu Santo. Que es lo que a continuación añade San Pablo: «Y pues sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: *Abba*, Padre. De manera que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por gracia de Dios» (Gal. 4, 6-7). Para que tengamos espíritu de hijos, recibimos el Espíritu del Hijo, que inspira a nuestros corazones sentimientos de hijos. Este don del Espíritu Santo es la sustancia misma de la bendición prometida a la descendencia de Abrahán y es el fruto más precioso de la redención de Jesu-Cristo. Así lo expresa el Apóstol: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho por nosotros objeto de maldición..., para que la bendición de Abrahán alcanzase a los gentiles en Jesu-Cristo, a fin de que recibiésemos la promesa del Espíritu por medio de la fe» (Gal. 3, 13-14). Y gracias a la presencia y a la acción del Espíritu Santo en nosotros tenemos segura confianza de alcanzar la justicia: «Porque nosotros por el Espíritu en virtud de la fe aguardamos la esperanza de la justicia» (Gal. 5, 5). Para la ficción irrisoria de justicia que imaginan los protestantes no era necesaria esta presencia del Espíritu Santo y su acción maravillosa en nuestros corazones. Algo más que una justicia imputada supone San Pablo, cuando dice: «Si por el Espíritu vivimos, conforme al Espíritu asimismo caminemos» (Gal. 5, 25). Que quiere decir: puesto que nuestra alma habitualmente vive vida espiritual, justo es que también nuestros actos y nuestras obras todas sean igualmente espirituales. De donde se sigue evidentemente que, si el Espíritu Santo crea en nuestras almas una vida espiritual, no quedamos después de la justificación tan pecadores y muertos como antes; y que, si todos los pasos de nuestra vida han de ser espirituales, no es verdad que todas nuestras obras, aun después de ser justificados, sean pecados.

Pero nada pone tan de relieve nuestra renovación interna y espiritual después de la justificación, como nuestra comunicación o comunión con Jesu-Cristo. Según San Pablo, al ser justificados, queda-

mos espiritualmente adheridos a Jesu-Cristo, formando con él un solo cuerpo, un organismo viviente, por el cual circula la vida misma de Jesu-Cristo, un solo Cristo místico, que, informado y movido por el Espíritu de Dios, vive vida de Dios. Lejos de estar nuestros pecados cubiertos solamente como con un manto con la justicia de Jesu-Cristo, nosotros mismos estamos místicamente compenetrados e identificados con Jesu-Cristo, hasta el punto de ser una cosa con él. Esta que, con frase no muy feliz, se ha llamado teoría del Cristo místico, la desenvuelve San Pablo en toda su divina magnificencia en las llamadas epístolas de la Cautividad. Con todo, ya en la epístola a los Gálatas apunta sus rasgos más esenciales y característicos. Ni siquiera necesitamos ahora, para nuestro objeto, desarrollar en toda su amplitud esta teoría cual se insinúa en la epístola a los Gálatas: nos bastarán algunas someras indicaciones para desvanecer hasta los últimos vestigios de la justicia imputada.

Sabido es que San Pablo condensa toda su teoría sobre el Cristo místico en aquella expresión, que en su lenguaje es como técnica, y que tantas veces él repite: «En Cristo Jesús». Ahora bien, en la epístola a los Gálatas emplea hasta cinco veces la fórmula plena «en Cristo Jesús» (2, 4; 3, 14; 3, 26; 3, 28; 5, 6), y otras dos la fórmula abreviada «en Cristo» (1, 22; 2, 17). Ya sólo este dato numérico es altamente significativo.

Pero más que las palabras y los números valen las realidades. Citábamos hace poco aquellas expresiones inflamadas con que el Apóstol describe su vida mística, que no es otra cosa sino su vida «en Cristo Jesús». Considerémoslas algo más detenidamente. «Con Cristo estoy crucificado», *Χριστῷ συνεσταύρωμαι*. Es imposible traducir a nuestra lengua en todo su vigoroso relieve estas dos palabras del Apóstol. Quiere decir que con la misma crucifixión de Jesu-Cristo quedó él juntamente crucificado. Es que Jesu-Cristo había incorporado consigo a Pablo tan íntimamente, le había entrañado y como absorbido tan verdaderamente, que por fuerza unos mismos clavos debieron enclavar a entrambos en la misma cruz. Prosigue el Apóstol: aunque crucificado, «vivo empero». Siente bullir en su corazón la vida de Jesu-Cristo: por eso ha afirmado que vive. Pero ha dicho más de lo que pensaba. Esa vida ha dicho que era él quien la vivía. Y siente que no es así. Que esa vida no es él quien propiamente la vive, sino Cristo la vive en él. Por esto, corrigiendo lo que acaba de afirmar,

añade en un arranque sublime: «No ya yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal. 2, 19-20). Estamos nosotros ya demasiado hechos a esta afirmación estupenda, para apreciar toda su fuerza. Compenetración, fusión, identificación de dos vidas, de dos existencias, de dos personas: todo esto es poco aún; Pablo siente que su vida ha sido absorbida por otra vida, que su existencia ha dado lugar a otra existencia, que su personalidad ha quedado sustituida por otra personalidad. Claro está que todas estas maravillas pertenecen a un orden espiritual y místico, mas no por eso menos real y verdadero y menos sentido por Pablo.

Pero lo más maravilloso es que lo que Pablo afirma de sí, lo dice igualmente de todos los fieles. Habiendo recordado que, como narra en diferentes lugares el Génesis, «a Abrahán le fueron hechas las promesas, y (en él) a toda su descendencia» (Gal. 3, 16), hace el Apóstol esta observación, que a primera vista parece un mero juego de palabras: «No dice: *Y a las descendencias*, como (hablando) de muchos, sino de uno solo: *Y a tu descendencia*, la cual es Cristo» (Gal., 3, 16). Esto es, el emplear la palabra «descendencia» no en plural sino en singular no carece de misterio. El misterio está en que si, por una parte, la palabra en virtud de su propio significado tiene sentido colectivo y comprende consiguientemente toda la posteridad de Abrahán, mas, por otra parte, se ha escogido de intento el número singular para expresar más al vivo que toda esta posteridad está comprendida y como cifrada en Cristo Jesús. Y es tan real y verdadera esta especie de inclusión o concentración en Cristo Jesús, que basta estar comprendido en Cristo Jesús para pertenecer por el mismo caso a la posteridad de Abrahán. Enigmático podrá acaso parecer el texto del Apóstol y rebuscada la interpretación que le damos; sin embargo no es así. Él mismo explica poco después su pensamiento, y cierto con una lucidez, que desvanece toda duda; y con una profundidad, que nos hace penetrar en los más recónditos misterios del Cristo místico. Oigamos sus maravillosas palabras: «Todos sois hijos de Dios, por la fe, en Cristo Jesús. Pues cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, sois por tanto descendencia de Abrahán, herederos conforme a la promesa» (Gal., 3, 26-29). «Todos sois hijos de Dios», dice; y señala dos principios de esta fi-



liación divina: subjetivamente, «por la fe»; objetivamente, porque estáis «en Cristo Jesús». Como si dijera: solo Jesu-Cristo es Hijo de Dios, o, mejor, el Hijo único de Dios; sin embargo, desde el momento que vosotros estáis incorporados a Jesu-Cristo, también vosotros en él y con él, participando de su divina filiación, sois hijos de Dios. Y ¿por qué «en la fe» estáis en Cristo Jesús? Da la razón el Apóstol: «Pues cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo.» Para entender plenamente el pensamiento de San Pablo, es menester conocer exactamente el valor de las palabras que emplea. «Ser bautizados en Cristo» por una parte es la expresión o profesión de la fe, y por otra, en virtud de la palabra original y con una alusión manifiesta al rito del bautismo por inmersión entonces comúnmente usado, es lo mismo que ser como sumergidos en Cristo. De esta especie de inmersión espiritual en Cristo se sigue lo que añade el Apóstol: «Os habéis revestido de Cristo». «Ser revestido», según el sentido etimológico de la palabra original ἐνδύομαι y conforme al uso que hace el Apóstol de esta palabra (I Cor., 15, 53-54; II Cor., 5, 3; Col., 3, 12...), no significa recibir algo sobrepuesto y exterior a manera de vestido, sino ser interiormente informado, compenetrado, impregnado y como empapado, así como la esponja al ser sumergida en el agua, o, mejor aún, como el cristal expuesto a los rayos solares. De este modo se entiende la coherencia del pensamiento de San Pablo y de las imágenes que emplea: «cuantos habéis sido bautizados y como sumergidos en Cristo, habéis quedado compenetrados e informados de Cristo». Y esto, así entendido, es verdaderamente la razón de lo que ha dicho anteriormente: «Todos sois hijos de Dios, por la fe, en Cristo Jesús». Porque al ser por la fe bautizados y como sumergidos en Cristo, al quedar compenetrados e informados de Cristo, es natural y lógico participar por comunicación sus mismas propiedades, y en especial su propiedad más característica, que es su divina filiación.

Esta compenetración con Jesu-Cristo es tan predominante y absorbente, es tal la unidad que de ella resulta, que con ella quedan como borradas y abolidas todas las diferencias étnicas, sociales y aun naturales que dividen a los hombres. En este sentido prosigue el Apóstol: «No hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer»; han desaparecido todas las diferencias de raza, de posición social, de sexo, pues todos vosotros sois uno, una perso-

na moral, en Cristo Jesús». Concluye el Apóstol: «Y si vosotros sois de Cristo», esto es, si sois miembros de Cristo, cuerpo de Cristo, si formáis con Cristo una sola cosa, un solo organismo viviente, «sois, por tanto, descendencia de Abrahán», como lo es Jesu-Cristo, y consiguientemente «herederos, conforme a la promesa» hecha por Dios al patriarca de los creyentes y a toda su descendencia. ¡Profunda verdad, misteriosa realidad, la de nuestra incorporación a Cristo Jesús, que, identificándonos espiritualmente con él, nos hace a todos uno, nos hace hijos de Dios y descendencia de Abrahán! A la luz de estas sublimes verdades, ¡cuán mezquina y raquítica, por no decir miserable y absurda es la justificación postiza fingida por el protestantismo!

Otros textos aún podríamos aducir de la epístola a los Gálatas, y muchos más todavía de las otras epístolas de San Pablo; pero, para nuestro objeto, basta y sobra con lo dicho. Vamos a concluir este punto con una observación que dará el golpe de gracia a la justicia imputada.

Los modernos protestantes liberales, convencidos de lo absurdo de la justicia forense y ficticia de los antiguos protestantes «ortodoxos», la han desechado en absoluto para sustituirla por una concepción «biológica» de la justificación. En vez de una justicia de orden jurídico, han imaginado una justicia puramente vital de orden «biológico». Establecida la nueva teoría, lo natural era que los modernos protestantes se volvieran contra Lutero, autor de la justificación forense. Pero los protestantes adoran demasiado rendidamente al herejarca para clavar su nombre en la picota. ¿Qué han hecho? Contra toda razón, atropellando la historia y la misma lógica, los más moderados han vuelto sus iras contra los escolásticos medioevales para imputarles la justicia forense inventada por Lutero; y los más osados se han encarado con el mismo San Pablo, acusándole de dualismo y contradicción, por cuanto, según ellos, el Apóstol enseña juntamente la teoría de la justicia luterana y la de su propia justicia biológica, que él no se ha preocupado por conciliar y que en realidad son inconciliables. ¿Qué decir de esta nueva actitud del protestantismo y de esas acusaciones contra los escolásticos o contra el mismo Apóstol?

Ante todo es necesaria una distinción, en que no han reparado los protestantes liberales. No es lo mismo justicia forense meramente imputada o postiza en el sentido de los antiguos luteranos y justicia simplemente jurídica en el sentido de los antiguos escolásticos, que

es el de la Iglesia y que es también el de San Pablo. La iglesia católica nunca ha condenado en la teoría luterana el que establezca una justicia de orden jurídico: pues claro está que de suyo la justicia, como la palabra misma de justicia lo indica, pertenece al orden jurídico. Lo que ha condenado en Lutero es la exclusión y la falsificación de esta justicia jurídica. Exclusión: en cuanto Lutero no admitía una justicia vital, que renovase íntimamente al hombre. Falsificación: en cuanto la misma justicia jurídica la imaginaba meramente imputada o ficticia. Mas sin esta exclusión y falsificación admite la Iglesia, como lo enseña San Pablo, el carácter jurídico de la justicia. Ahora que la Iglesia, lo mismo también que San Pablo, junta a esta justicia jurídica la renovación interna del hombre, que es una nueva creación viviente y espiritual. Y estos dos conceptos de la justicia divina, lejos de oponerse o contradecirse, se combinan y armonizan admirablemente. Aun en el orden humano, un hombre que perdona generosamente las ofensas o injurias de otro hombre, ¿por qué no puede al mismo tiempo, como muestra y garantía del perdón otorgado, colmarle de beneficios y favores? Pues esto es lo que, según San Pablo y según la enseñanza de la Iglesia, hace Dios con el hombre. No contento, como en absoluto hubiera podido hacerlo, con perdonarle generosamente sus pecados, le concede al mismo tiempo el don de su Espíritu, con el cual le une e incorpora íntimamente a Jesu-Cristo y le hace participante de su divina filiación y de su vida divina. Se necesita estar cegado por el espíritu de secta para ver en esto la menor contradicción.

En suma: que los modernos protestantes, o admiten la justicia imputada de Lutero, y entonces devoran los absurdos que, según hemos demostrado, se hallan en semejante teoría, o la sustituyen por la teoría de una justicia puramente «biológica», y entonces, además de condenar la teoría del antiguo heresiarca, más radicalmente aún de lo que la condenó el Concilio de Trento, incurren en no menores absurdos. Sola la doctrina católica es la que ha sabido armonizar y reducir a unidad las verdades fragmentarias, opuestas y desfiguradas, en que se ha encastillado el protestantismo. Sola la Iglesia católica ha interpretado fiel e integralmente el pensamiento de San Pablo, la concepción maravillosa que alimentaba en su mente y expone en sus epístolas sobre la justicia, jurídica a un tiempo y vital, que alcanzan los hombres «en Cristo Jesús».

2. *Ineficacia de las obras para la justificación.*—Tal es la mente de San Pablo sobre la justificación. Veamos ahora cuál es, según el mismo Apóstol, la parte que tienen las obras en la justificación del hombre.

Tres veces en el corto pasaje ya transcrito anteriormente y con la mayor resolución afirma San Pablo la absoluta ineficacia de las obras en orden a la justificación. «Nosotros, dice, judíos de nacimiento, y no pecadores venidos de la gentilidad, entendiendo con todo que no es justificado el hombre *por las obras de la ley*, sino por la fe de Cristo Jesús, también nosotros creímos en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe de Cristo,—que *no por las obras de la ley*; pues *por las obras de la ley* no será justificado mortal alguno» (Gal. 2, 15-16). Lo mismo repite algo más adelante: «Pues cuantos estriban en las obras de la ley, caen bajo la maldición» (Gal. 3, 10). Otras dos veces expresa equivalentemente el mismo pensamiento, cuando niega que los Gálatas hubiesen recibido el Espíritu en virtud de las obras de la ley (Gal. 3, 2; 3, 5). Es, pues, evidente que para San Pablo las obras de la ley son ineficaces para justificar al hombre. ¿Coincide su pensamiento con la doctrina de los protestantes? Veámoslo.

Ante todo notemos que San Pablo, al hablar de la justificación, habla del acto mismo en que el hombre pecador es justificado, esto es, del tránsito o paso del estado de pecado al estado de justicia. Esto es evidente, y no lo niegan los protestantes (Cf. Gal. 1, 4; 2, 16-21; 5, 4). Supuesto esto, examinemos cuáles son las obras cuya ineficacia justificadora afirma el Apóstol y cuál es la ineficacia que les niega.

Primeramente es digno de notarse que las seis veces que menciona las obras para negarles la virtud de justificar al hombre, dice siempre «obras de la ley». Esta repetición invariable de la misma frase es altamente significativa. San Pablo niega la eficacia justificativa a las «obras de la ley». Ahora bien, es evidente que esta ley, cuyas obras declara estériles en orden a la justificación, no es otra que la ley de Moisés, como después declararemos más particularmente. Luego las «obras de la ley» no son sino las observancias o prescripciones de la ley mosaica. Deducir, por tanto, de las palabras de San Pablo la ineficacia de toda otra obra para justificar al hombre es un craso paralogismo, por no decir una grosera falacia. ¿Dónde ha

afirmado San Pablo, por ejemplo, la ineficacia del Bautismo para justificar al pecador, como lo afirman a cuenta del Apóstol los protestantes? Al contrario, muchas veces afirma él en otras epístolas la eficacia justificadora del Bautismo, y aun en esta misma epístola la insinúa con bastante claridad, cuando dice: «Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo» (Gal. 3, 27), como hemos notado anteriormente.

Mas, no contento San Pablo con mencionar en general las «obras de la ley», recuerda en particular tres de las principales prescripciones mosaicas, para negarles toda parte o influencia en la justificación del pecador. Varias veces habla San Pablo de la circuncisión, para decir que nada es y nada vale (Gal. 5, 6; 6, 15), lo mismo que la incircuncisión. Y no solamente no sirve la circuncisión para la justificación, sino que la impide o esteriliza. «Mirad que yo Pablo os lo intimo: que si os circuncidáis, Cristo en nada os aprovechará... Os habéis privado de Cristo, los que buscáis en la ley la justificación» (Gal. 5, 2-4. Cf. 5, 11; 6, 12-13). También menciona el Apóstol las fiestas de la ley mosaica, para decir que son simples rudimentos estériles y miserables (Gal. 4, 9). Por esto irónicamente reprende a los Gálatas: «Andáis observando los días, los meses, las estaciones, los años» (Gal. 4, 10); esto es, los días de sábado, los novilunios o neomenias, las fiestas anuales de las diferentes estaciones, los años sabáticos. ¡Ojalá este reproche irónico de San Pablo desengañase a los recientes Adventistas *del séptimo día*, que desechando la celebración cristiana del domingo vuelven a la celebración del sábado! Es curioso que el protestantismo, después de acusar al catolicismo de haber reincidido en el judaísmo, haya venido a parar ahora en una observancia tan judaica como es la del sábado. Por fin, hace San Pablo referencia a la ley que distinguía entre manjares puros y manjares impuros, negándole toda eficacia justificadora (Gal. 2, 12-15).

Estas son las obras de la ley, cuya impotencia para justificar testifica San Pablo. De otras obras que no son propias de la ley mosaica, nada dice, y nada puede lógicamente deducirse de sus palabras. Pero prescindiendo ahora de esta distinción de obras, consideremos otra razón más general por la cual dice San Pablo que la justificación no se produce en virtud de las obras.

Las seis veces que habla de las obras de la ley reproduce invariablemente la misma expresión «ex operibus legis», ἐξ ἔργων νόμου, que

exactamente significa «por intrínseca virtud o valor propio de las obras de la ley». Esto quiere decir que la justificación no es un producto de las fuerzas o de la industria del hombre, ni se debe a sus merecimientos, sino que es pura gracia de la misericordia divina. Es que Dios quiere que el hombre no pueda gloriarse de su justicia como de cosa propia, sino que ha de tributar a Dios enteramente la gloria de su justificación. Este pensamiento, que en otras epístolas desenvuelve el Apóstol ampliamente, no hace más que insinuarlo en la epístola a los Gálatas, como cuando dice de sí: «No recuso o doy por nula la gracia de Dios» (Gal. 2, 21); o cuando dice de todos los fieles que *recibieron* el Espíritu no en virtud de las obras de la ley (Gal. 3, 2); o cuando amenaza a los Gálatas que, si buscan la justificación en la ley, han caído de la *gracia* (Gal. 5, 4). «En cuanto a nosotros, añade, aguardamos la esperanza de la justicia por el Espíritu (no por nuestras propias fuerzas) en virtud de la fe (no en virtud de nuestras propias obras)» (Gal. 5, 5). Y en este sentido la Iglesia católica, al atribuir al Bautismo, por ejemplo, eficacia justificadora, no contradice a las enseñanzas del Apóstol; por cuanto atribuye semejante eficacia al Bautismo, no por lo que de suyo tiene, ni en cuanto es acción humana, sino por la virtud que recibe del Espíritu Santo y en cuanto es moralmente acción de Jesu-Cristo.

En suma: que al negar el Apóstol toda eficacia a las obras en el proceso de la justificación, explícitamente sólo habla de las prescripciones de la ley mosaica; y si implícitamente excluye también todas las demás obras, sólo es en lo que tienen de propio considerado su merecimiento o virtud intrínseca y natural. En ninguno de estos dos sentidos alcanza la exclusión de San Pablo al Bautismo o a otros sacramentos. Por esto hizo muy bien el Concilio Tridentino al sostener la eficacia sobrenatural de los sacramentos, como instrumentos del Espíritu divino y acciones morales de Jesucristo: y hacen muy mal los protestantes al negarles semejante eficacia instrumental, y peor aún al fundar su negativa en las enseñanzas del grande Apóstol, que en ninguna manera tienen el sentido que ellos les atribuyen.

Aun cuando pudiéramos ya dar por concluido este punto, creemos deber insistir en otra consecuencia que los primitivos luteranos sacaban de las palabras de San Pablo: consecuencia absurda, de que pronto se desdijeron los mismos protestantes. Servirán a lo menos nuestras indicaciones para dar a conocer la mentalidad del heresiár-

ca, el cual, por su odio a la Iglesia romana, devoró semejantes aberraciones.

Enseña San Pablo que el hombre no es justificado por las obras de la ley: Lutero, dando un salto mortal inconcebible, interpretó estas palabras del Apóstol diciendo que ni en la justificación ni en la vida de justicia que a ella se sigue son necesarias ni posibles las buenas obras. Pudiéramos dar de barato que las palabras del Apóstol, a fuerza de torturas y contorsiones, *pudieran* tener el sentido que les dió Lutero, si el mismo Apóstol en todas sus epístolas no recomendase frecuentemente la necesidad de las buenas obras y su eficacia para merecer la vida eterna. Mas desde el momento en que el Apóstol insiste tanto en exhortar a las buenas obras, es ya imposible y contra las leyes hermenéuticas dar a sus palabras el sentido que les dió Lutero, aun cuando ellas, repetimos, en absoluto pudieran admitir semejante sentido. Vamos a demostrarlo, sin salirnos de la epístola a los Gálatas.

Enseña el Apóstol que existen en nosotros dos principios de actividad moral: uno malo, que es la carne, y otro bueno, que es el espíritu. Pone un largo catálogo de las «obras de la carne», contra las cuales previene a los Gálatas para que se guarden de ellas, porque «los que las obran, no alcanzarán el reino de Dios» (Gal., 5, 19-21). A las obras de la carne se oponen los frutos del Espíritu, que han de producir los que viven por el Espíritu (Gal., 5, 22-25). No es, pues, verdad que los cristianos por fatal necesidad, forzados a producir sólo obras malas, se vean imposibilitados de producir buenas obras. Pocos versículos antes, después de decir que «en Cristo Jesús ninguna eficacia tiene la circuncisión, como tampoco la incircuncisión», añade que lo que la tiene es «la fe que obra o se actúa por la caridad» (Gal., 5, 6). Tenemos, pues, que la fe, informada por la caridad, puede producir buenas obras.

Más claro aparece aún el pensamiento de San Pablo, cuando algunos versículos más adelante, escribe: «Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad: con tal que no toméis esa libertad como pretexto para dar rienda suelta a la carne, sino que por la caridad os habéis de hacer los unos esclavos de los otros. Porque toda la ley se cifra y se cumple en un solo precepto: es a saber, *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (Gal., 5, 13-14). Con las cuales palabras proscribire todas las obras malas, que brotan de la carne, y recomienda todas las obras buenas, cifradas en la ley de la caridad.

Al final ya de la carta, después de recomendar otras buenas obras, concluye el Apóstol: «No os engañéis: que de Dios nadie se burla. Porque lo que uno sembrare, eso cosechará. Que quien siembra en su propia carne, de la carne cosechará corrupción; mas el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna. Y en el obrar el bien no desmayemos: porque a su tiempo cosecharemos sin desfallecer. Así pues, mientras tuviéremos tiempo, practiquemos el bien» (Gal. 6, 7-10). Verdaderamente, no entiende uno cómo pudo Lutero conciliar su absurda teoría de la inutilidad e imposibilidad de las buenas obras con estas declaraciones tan categóricas del Apóstol. Ni menos se entiende cómo los protestantes que le siguieron, al abandonar esas aberraciones inmorales del heresiarca, no le abandonaron en todo lo demás. Un hombre que da en semejantes dislates, ya no se merece ninguna fe. ¡Y a semejante hombre se le venera y se le pone en las nubes como al gran libertador de la conciencia cristiana! Es de creer, piadosamente pensando, que el gran Apóstol no hubiera compartido esa admiración. Quizás, y sin quizás, hubiera lanzado contra él esos tremendos anatemas que lanza contra los judaizantes en la Epístola a los Gálatas.

JOSÉ M. BOVER.

